



EDUCACIÓN EN VALORES DESDE LA FAMILIA, reto y camino a la esperanza

“La familia virtuosa es una nave que durante la tempestad está sujeta por dos anclas: la fe -la confianza en Dios-, y las buenas costumbres, basadas en buenos principios”.

Charles Lois Montesquieu, (1680 -1755),
escritor y jurista francés

Por YARINE SÁNCHEZ FERNÁNDEZ

Familia, sé lo que eres

En todo tiempo y lugar a lo largo de la historia del hombre, los seres humanos han existido formando grupos unidos por vínculos de sangre o parentesco más o menos directo que denominamos familia, una institución natural tan antigua como el hombre mismo que ha sido estudiada desde sus disímiles aristas por una multiplicidad de especialistas e instituciones, que se han acercado a un tema tan importante como complejo a partir de diferentes posturas. El concep-

to ha evolucionado tanto como la familia misma, en pos de ir adecuándose a los cambios que esta ha experimentado y en ese afán de acercamiento a esa realidad que es la institución familiar, se ha conceptualizado de modos muy diversos, por ejemplo:

“Un grupo primario formado por padre(s) e hijo(s), y eventualmente otros parientes, unidos entre sí por lazos múltiples y variados, que se apoyan y ayudan de manera recíproca y que cumplen diversas funciones en beneficio mutuo y de la sociedad”.

Esta se caracteriza por ser una definición bastante abarcadora, pues cuando alude a la presencia de otros parientes, hay un reconocimiento explícito de las diferentes estructuras familiares, no solo las nucleares, igualmente cuando utiliza la expresión lazos múltiples y variados incluye a familias constituidas a partir de vínculos legales, pero también a uniones de hecho y donde estén presentes lazos biológicos, afectivos, educativos, culturales y de valores. Por último cuando afirma que la familia cumple funciones en beneficio

mutuo y de la sociedad enfatiza en el hecho de que la misma tiene un valor insustituible no solo para el desarrollo personal y social de los individuos, sino para la sociedad, tiene en cuenta además aspectos esenciales como la reproducción biológica y la cooperación económica, así como el desarrollo de la identidad psicológica y social del individuo.

Es precisamente en el designio de Dios Creador y Redentor, donde la familia descubre no sólo su identidad, sino también su misión específica, lo que puede y debe hacer, custodiar, comunicar, y revelar el amor, a través de una auténtica comunidad de personas, al servicio de la vida.

Es por ello que la Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio* la define como una íntima comunidad de vida y amor cuya misión es “custodiar, revelar y comunicar el amor y la vida a través de cuatro cometidos fundamentales: la formación de una comunidad de personas que se caracteriza por la unidad y la indisolubilidad, ser santuario de la vida ya que el derecho a la vida es la base de todos los derechos humanos, ser célula primera y vital de la sociedad (FC 42) y ser Iglesia doméstica que acoge, vive, celebra y anuncia la Palabra de Dios (FC 55)

Dios no creó al hombre solitario: desde el principio “los creó hombre y mujer” (Gen1, 27). Esta asociación constituye la primera forma de comunión entre las personas, pues el hombre no puede vivir y desplegar sus cualidades sin relacionarse, no hay hombre sin comunidad. El ser humano es inacabado, es decir, en proceso, tiene ante sí la tarea permanente de construirse, pensemos, entonces, que es en la familia donde más va a avanzar en este caminar. Hemos sido creados por un Dios que es comunidad en su interior, familia, por lo tanto si somos imagen y semejanza de Dios y participamos

de sus atributos divinos, estamos invitados a vivir en familia, en comunidad con los demás hombres y en comunión con Dios.

El ser humano en similitud con Dios es también comunidad, primeramente por su origen ya que espiritualmente hace comunidad con ÉL y en su naturaleza biológica está presente el ADN de 2 ó más personas, por su destino porque el hombre no quiere caminar solo por este mundo, el destino para todo ser humano siempre será el otro y por su realización porque el hombre se construye, se autoafirma a partir del otro, quiere ser la mejor persona para los otros, está vitalmente proyectado hacia los demás y no encontrará nunca su plenitud sino en el encuentro, en la comunión con los demás y con Dios. Es preciso enfatizar que cuando se utiliza la expresión el otro para referirnos a un ser humano, el término adquiere un significado especial, pues no quiere decir simplemente otro ejemplar de la especie humana, porque el otro por muy lejos que esté de mí no puede serme indiferente.

La familia es prototipo de la comunidad en el ámbito humano, es el primer ambiente que refleja la vocación que todos tenemos de vida social, de ser cada uno constructor responsable de la sociedad, es escuela única de una vida plena de relaciones, es el espacio donde se da ese primer e insustituible encuentro con el otro, por lo que enseñarnos a descubrirnos y vivir como PERSONAS (seres únicos e irrepetibles con una dignidad irrevocable) con todas las implicaciones que eso representa es su función fundamental.

La familia es una hermosa realidad, profundamente humana. Es un grupo de personas que comparten su vida de modo estable, es lugar predilecto para el encuentro y encontrarse significa acogida, cercanía, comprensión, colaboración. Encontrarse es algo más que un

roce epidérmico, es encaje y compenetración. Este compartir la vida posibilita el crecer y el crear. Las personas que com-

parten su vida crecen en la vida y crean vida. (Un Dios para tu hermano. Cáritas. 1991. Plan de formación para laicos. La familia)

La vida humana implica siempre una responsabilidad personal y colectiva, que se conforma desde la vivencia familiar y desde la solidaridad comunitaria. Es así como la familia se construye y se reconstruye en la experiencia de la vida cotidiana (propia y ajena): no sólo en lo individual sino en la reciprocidad de la interrelación social. (Leñero Luis. La construcción de la familia).

Es la familia donde se hace posible el amor sin condiciones (afecto, aceptación, comprensión, valoración); los padres que inician la familia con una promesa de amor quieren a sus hijos porque son sus hijos, no en razón de sus cualidades. La familia es un centro de intimidad y apertura. Es también escuela de vida cristiana, ya que nos enseña a relacionarnos con Dios, a expresar nuestra fe, a vivir los valores morales y evangélicos desde el compromiso, es el modo que Dios escogió para poner en la vida a las personas.

En el seno familiar cultivamos todo lo auténticamente humano del hombre, allí se aprende a pensar, a profundizar, a reflexionar. En el ámbito de la familia el hombre desarrolla y ejercita virtudes como el amor, el respeto, la honradez, la generosidad, la responsabilidad, la laboriosidad, la gratitud, etc. La familia nos invita y nos enseña a ser creativos en el cultivo de la inteligencia y la voluntad, de ello dependerá nuestra contribución a la sociedad, porque el amor aprehendido en la familia se transmitirá a los diferentes gru-



pos sociales donde nos insertemos a lo largo de nuestra vida. Un hogar empobrecido éticamente no estará en condiciones de afrontar un comportamiento social denigrante.

La familia es el primer ambiente vital que encuentra el hombre al venir a este mundo y su experiencia es decisiva para siempre, pues somos producto de las relaciones vividas en este contexto, los valores y principios que se viven en el pequeño ámbito familiar hacen posible la vida social solidaria en un ámbito mayor.

“De muy poco sirve la formación que uno va adquiriendo en la vida, sino se enmarca en la herencia espiritual, afectiva, psicológica que transmite la familia. Cuando la familia no ha sido la base de nuestra educación, cuando algo ha interferido con todo lo que nuestros padres deberían habernos dado, contemplamos con tristeza seres humanos quizá muy inteligentes, muy capaces de resolver problemas técnicos, muy hábiles para dirigir otras cosas, pero impotentes para comprenderse a sí mismos, para entender sus propios problemas, para dirigir la propia vida hacia la felicidad”.

“Cuando la familia deja de ser la base de la vida del hombre, no tardan en aparecer los tristemente conocidos resultados negativos de tantas formas de evasión y manipulación como son: el alcoholismo, la droga, la violencia, el abuso del menor, la prostitución”. (*Familia, ¡sé fuerte! Doce cartas en defensa de la familia*. Cardenal Norberto Rivera Carrera. 2000)

La familia ha evolucionado y para ello ha tenido que ir adaptándose a las condiciones de cada época y en las más variadas circunstancias en un mundo siempre cambiante donde las transformaciones se producen con gran celeridad, imponiéndole grandes retos.

Hoy exhibe diversas estructuras (monoparentales con jefatura femenina, ensambladas, familias reconstituidas, hogares unipersonales, etc.), ha dejado de ser una unidad de producción para convertirse en una unidad de consumo, los roles históricos desempeñados por el hombre y la mujer han cambiado, hay un acceso generalizado de la mujer al mundo laboral, las relaciones con los hijos tienen cada vez menos un carácter impositivo y autoritario, el número de miembros que la componen son pocos como consecuencia de la disminución de la natalidad, la educación se inicia desde edades muy tempranas y hay una sensible reducción del tiempo que los adultos pasan con los niños debido a la incorporación de los mismos al mundo del trabajo (según informe preparado para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, los padres como promedio mundial, dedican menos de una hora a estar solos con sus hijos), el trabajo y el mercado le imponen a la familia el tiempo dedicado a la misma. El acceso cada vez más extendido a la tecnología obstaculiza la comunicación intrafamiliar propiciando el enclaustramiento doméstico y la desatención afectiva.

A pesar de todas estas circunstancias, la familia basada en un amor auténtico seguirá siendo siempre, lugar de afecto, espacio privilegiado para las relaciones interpersonales, porque en ella aprendemos a dar y recibir amor, a comunicarnos y a relacionarnos con los demás, a escuchar respetuosamente y a saber vivir armónicamente, es la base primordial de la crianza y el primer vehículo de transmisión de valores, allí se articulan todos los derechos del ser humano, individuales y sociales, pues a través de las relaciones entre todos sus miembros y de la experiencia vivida en su seno, es donde estos derechos y valores se hacen reales y son mejor comprendidos.

Hay aspectos esenciales en los que todos los estudiosos del tema parecen coincidir tales como: el cometido fundamental de la familia es el servicio a la vida en todas sus formas, ella es auténtica comunidad de personas, en cada una de las tareas principales que se le reconocen (equidad generacional, transmisión cultural, responsabilidad, socialización y prosocialidad) está implícita su función eminentemente educativa asociada a la procreación y siempre será sitio para el amor y el encuentro, puerto seguro donde se calman todas las tempestades.

Función educativa de la familia. Una aproximación necesaria

Resulta imprescindible entonces definir el término educación, el cual se refiere sobre todo a la influencia ordenada ejercida sobre una persona para formarla y desarrollarla a varios niveles complementarios; en la mayoría de las culturas es la acción ejercida por la generación adulta sobre la joven para transmitir y conservar su existencia colectiva. Es un ingrediente fundamental en la vida del ser humano y la sociedad y se remonta a los orígenes mismos del ser humano. La educación es lo que transmite la cultura, permitiendo su evolución.

El enunciado que, con más acierto a nuestro juicio, proclama la significación de un término que está vinculado a la esencia misma del hombre lo encontramos en la *Carta a las familias*, de Juan Pablo II (La educación No 16), cuando nos dice: “La educación es, pues, un proceso singular en el que la recíproca comunión de las personas está llena de grandes significados. El educador es una persona que engendra en sentido espiritual. Bajo esta perspectiva, la educación puede ser considerada un verdadero apostolado y el ámbito familiar



espacio esencialmente apostólico. Es una comunicación vital, que no solo establece una relación profunda entre educador y educando, sino que hace participar a ambos en la verdad y el amor, meta final a la que está llamado todo hombre por parte de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. La educación es una dádiva de humanidad por parte de ambos padres”.

Por otra parte el valor se refiere a una excelencia o a una perfección. La práctica del valor desarrolla la humanidad de la persona, mientras que el contra valor lo despoja de esa cualidad. Desde un punto de vista socio-educativo, los valores son considerados referentes, pautas, aptitudes y actitudes que orientan el comportamiento humano hacia la transformación social y la realización de la persona toda. El proceso de valoración del ser humano incluye una compleja serie de condiciones intelectuales y afectivas que suponen, la toma de decisiones, la estimación y la actuación. Las personas valoran al preferir, al estimar, al elegir una cosa en lugar de otras, al formular metas, propósitos personales y son el resultado de un aprendizaje, de la experiencia de vida, de la existencia de un ideal. Las valoraciones se expresan mediante creencias, intereses, sentimientos, convicciones, juicios de valor y acciones. Desde el punto de vista ético, la importancia del proceso de valoración deriva de su fuerza orientadora en aras de una moral autónoma del ser humano. El modo en que cada persona se comporte en determinado tiempo y lugar en diferentes circunstancias dependerá siempre del entorno en el que se haya desarrollado, fundamentalmente durante su niñez.

El liderazgo indiscutible de la familia para transmitir valores, va más allá de los encuentros habituales e ineludibles, de los momentos de alegría y la solución a los problemas que cotidianamente

tiene que enfrentar. El valor nace y se desarrolla cuando cada uno de los miembros asume con responsabilidad y satisfacción el rol que le ha tocado desempeñar en el contexto familiar, procurando el bienestar, desarrollo y la felicidad de los demás.

“La familia es el lugar privilegiado de enseñanza viva, porque la familia es el ambiente donde los valores se aprenden en modo concreto, vivencial. Los valores y las virtudes, que son los que nos hacen propiamente humanos, no pueden ser transmitidos por la sola enseñanza académica; se transmiten, más bien, por la relación entre las personas. Un profesor universitario nos puede enseñar que el amor es un valor; pero una madre, que pronuncia en casa palabras de perdón hacia quien la ha ofendido, transmite, contagia, el amor como algo que vale la pena”. (*Familia, ¡sé fuerte! Doce cartas en defensa de la familia*. Cardenal Norberto Rivera Carrera. 2000)

A la luz de la fe, la misión educativa de los padres se fundamenta en la participación de los mismos en la obra creadora de Dios, es por ello que en nombre de Dios, al engendrar una nueva persona contraen la sagrada obligación de educarla en la virtud, deberán ir moldeando su espíritu, de manera que puedan vivir de manera eficaz una vida íntegra, alcanzando un desarrollo pleno y armónico de su personalidad. Al respecto nos dice Juan Pablo II en su *Carta a las familias* del año 1994: “Entre los numerosos caminos, la familia es el primero y el más importante, es un camino único e irrepetible como irrepetible es todo hombre; un camino del cual no puede alejarse el ser humano porque viene al mundo en el seno de una familia, por lo cual puede decirse que debe a ella el hecho mismo de existir. Incluso cuando decide permanecer solo, la familia continúa siendo, por así decirlo, su horizonte existencial

como comunidad fundamental sobre la que se apoya toda la gama de sus relaciones sociales, desde las más inmediatas y cercanas hasta las más lejanas”.

La familia es la primera escuela de la persona, en el ámbito familiar se establecen las relaciones básicas que serán la base de todas las relaciones que el individuo va a tener en su vida, es el agente de socialización más importante porque transmite a los hijos la idiosincrasia del grupo social al que pertenece y el patrimonio cultural de su pueblo. Según el Vaticano II la familia es el origen y fundamento de la sociedad humana, la célula primera y vital de la sociedad, porque en ella nacen los ciudadanos y encuentran la primera escuela de esas virtudes que son el alma de la vida y posibilitan el desarrollo de la sociedad misma.

El cometido fundamental de la familia es desarrollar una auténtica comunidad de personas y el principio interior, la fuerza permanente y la meta última de tal cometido es el amor, así como sin el amor la familia no es una comunidad de personas, así también sin el amor la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas (FC, 18), se puede procrear fuera de la familia, pero sólo en familia se puede educar, y educar para amar sólo se puede en el ámbito de la familia, amando.

Personalmente me tocó aprender, tempranamente, que ninguna labor deja de trascender si se cumple con respeto y hasta devoción por lo que se hace. Hasta que fui ya una mujer en capacidad de ganarme el sustento vi levantarse, cada día de mi vida, a mi padre, lo hacía con la inflexible determinación con que el alba emerge inexorable de la noche. Sin resultar ajeno a la sencillez elemental de su oficio



como cajero pagador, convirtió en cuestión de honor cuadrar, por años, su caja a tiempo y esa callada labor, oficiada con delectación de orfebre, era recordada y reconocida, por todos, muchos años después de su retiro cuando aludían al tiempo en que en el Central donde trabajaba, se pagaba sin demoras y sin que jamás se escuchara el término faltante.

La fisonomía de la casa humilde en que nació fue haciéndose más sólida y confortable sin apenas percatarnos. Lentamente cambiaba su apariencia hasta que un día fue otra y sin dejar de ser humilde descubrimos, los hijos agradecidos, que sus paredes se habían levantado sobre el esfuerzo de la madre tenaz y laboriosa que al culminar su jornada laboral y los quehaceres de la casa se erguía sobre las fatigas del día para hacernos de entrega y amor la casa nueva, encorvando la cansada espalda sobre la máquina de coser que, madrugada tras madrugada, convertía en milagro la sencilla tela. A ambos los vi amarse y respetarse en sus diferencias hasta el último de sus días, con ellos aprendí el valor de la responsabilidad, de la disciplina, la tenacidad, la tolerancia, también eso que llaman ahora, en psicología, la resiliencia o capacidad de las personas de sobreponerse al dolor emocional para continuar con su vida; y las cosas esenciales sobre la paternidad responsable.

Es entonces la filosofía de vida de nuestros padres la que nos marca inconscientemente y constituye la raíz que nos sostiene, pues la familia proporciona arraigo a las personas y lo mismo que un árbol desarraigado no puede crecer ni dar sombra a otros, a las personas que no han recibido de su familia raíces fuertes les resulta muy difícil sustentar las suyas en sólidos

principios, porque cuando tienes una vida familiar sólida, recibes el mensaje de que eres amado, cuidado, valorado, realizado e importante y eso te capacita para convertirte en una persona de bien, generosa. La psicología afirma que el afecto estimula el aprendizaje y desarrolla la inteligencia gracias a la sensación de seguridad y confianza que otorga y que se desarrolla lentamente a través de la infancia, la niñez y la adolescencia.

La persona humana que está siempre en proceso de irse haciendo, es un ser con cierta dosis de inseguridad. El que se siente amado experimenta dentro de sí una gran fuerza, que incrementa significativamente su seguridad.

El hombre y las sociedades, incluso, viven desde un repertorio de ideas y convicciones que serán siempre el sustento de su accionar. Nuestro sistema de creencias (cultura, valores, principios) está en nuestras raíces, se impone entonces, trabajar a este nivel para poder cambiar los frutos del árbol, porque el aprendizaje de los valores es antes que cualquier metodología, lección, charla o conferencia una experiencia de vida vivida desde la familia y la mayor herencia que recibimos de ella.

Enunciar esta verdad es tarea sencilla, la complejidad residirá siempre en hacerla prevalecer, en convertirla en irrenunciable referente de vida para nuestros hijos, en un mundo en que la opinión pública se moldea desde los medios de comunicación y desde ellos se bendice lo que se pretende promocionar, en nombre de la ciencia o lo que se ha convertido en uso comúnmente aceptado, aun cuando entrañe negación de la dignidad y constituya de hecho un abuso, una agresión a la condición humana.

De esta sustancia, fue moldeado el racismo y sirvió para conferir legitimidad a la esclavitud, en algún momento de la historia y mucho más acá sustentó el Holo-

causto que padecieron los judíos en Europa. Se promovió desde la perspectiva supremacista nazi, respaldada por una cientificidad que se permitió clasificar al género humano en seres superiores e inferiores con la anuencia y hasta el fanático entusiasmo de abrumadoras mayorías despojadas de referentes absolutos e inamovibles que sólo podrían encontrar en la Ley Natural, inscrita en la corporeidad del hombre y derivada de su propia naturaleza.

La familia educa para la vida y esta labor entendida como Iglesia doméstica, no puede renunciar a la enseñanza de estas verdades sobre las cuales se levanta la doctrina y la existencia misma de la Iglesia cuya responsabilidad y proyección evangelizadora y explícitamente educativa parece resumir Benedicto XVI cuando afirma: “La verdad sobre el hombre es un presupuesto ineludible para alcanzar la libertad, pues en ella descubrimos los fundamentos de una ética con la que todos pueden confrontarse, y que contiene formulaciones claras y precisas sobre la vida y la muerte, los deberes y derechos del matrimonio, la familia y la sociedad, en definitiva sobre la dignidad inviolable del ser humano. Este patrimonio ético es lo que puede acercar a todas las culturas, pueblos y religiones, las autoridades y los ciudadanos, y a los ciudadanos entre sí, a los creyentes en Cristo y a los que no creen en él”. (Homilía en la Santa Misa de La Habana)

Las circunstancias referidas, que de hecho funcionan, en todo el mundo como barreras a la labor educativa de la familia, en nuestro contexto particular se vieron potenciadas por el diseño del sistema educacional que aun cuando asignaba, en teoría, la responsabilidad primordial a la familia en lo concerniente a la educación de los hijos, en la práctica trasladaba a la escuela tales funciones en



la medida en que el régimen de estudios imperante se orientaba, de manera casi exclusiva y obligatoria, a la enseñanza de régimen interno desde los inicios mismos de la Enseñanza Media. Las Escuelas Secundarias y Pre Universitarias en el Campo, condicionaron objetivamente la pérdida de influencia de la familia, en las funciones educativas y en etapas cruciales del desarrollo de las personas.

La familia, de buen grado o no, transfirió a las instituciones de enseñanza funciones que le correspondían de manera irrenunciable, no supo hacerse conciencia crítica de la cultura familiar impuesta por los medios, ni convertirse en protagonista de su construcción desde la óptica de un auténtico humanismo, y se perdió, incluso, la perspectiva de que por razones de estricta precedencia histórica correspondería siempre a la familia y no al Estado y sus instituciones el rol educativo primordial.

No son, sin embargo, derechos de precedencia, únicamente los que asisten a la familia en su misión educativa. Le viene, por demás, el derecho de su irremplazable papel en cuanto a humanizar al individuo, se refiere. De su intransferible vocación a hacerlo apto no sólo para la vida, sino para la sana convivencia. Sólo desde esta perspectiva podría impregnarse a la sociedad de un equilibrado humanismo orientado a una cultura de la cooperación social y el respeto, objetivos que, obviamente, trascienden cualquier pretensión docente. De la familia se aprende, entonces, el dinamismo socializador y de ella dimana toda capacidad socializadora. Se acepta este principio y sobre él se funda o se renuncia a él y se deconstruye la sociedad toda. En la acción procreadora y educadora encuentra la

familia la primera e insustituible forma de expresión de su función social.

“La familia es la primera y fundamental escuela de sociabilidad, como comunidad de amor encuentra en el don de sí misma la ley que le rige y le hace crecer. El don de sí que inspira el amor mutuo de los esposos, se pone como modelo y norma del don de sí que debe haber en las relaciones entre hermanos y hermanas y entre las diversas generaciones que conviven en la familia. La comunión y la participación vivida cotidianamente en la casa, en los momentos de alegría y de dificultad representan la pedagogía más concreta y eficaz para la inserción activa, responsable y fecunda de los hijos en el horizonte más amplio de la sociedad” (Exhortación apostólica *Familiaris Consortio*).

La función educadora de la familia tiene además algunas características que la singularizan y la convierten en insustituible para educar en valores, como son, la Informalidad, porque la educación que se realiza en el contexto familiar se proporciona de manera espontánea en el decurso de la convivencia, la inevitabilidad, porque resulta imprescindible la adquisición de pautas y normas de conducta, así como la transmisión de valores sin los cuales la coexistencia familiar resultaría imposible, la continuidad, porque nunca termina, no tiene momentos específicos, se desarrolla todo el tiempo, la moralidad, peculiaridad esencial que se da siempre cuando se transmite de generación en generación la cultura predominante en la sociedad y en la familia en la que se vive y con ella el código ético que la acompaña y por último la asimetría, asociada al aprendizaje que genera las interrelaciones familiares entre personas con percepciones diferentes por la edad, el conocimiento, el poder, la experiencia y la autoridad, caracterís-

ticas todas que van dibujando la personalidad de los miembros de la familia.

Caminando desde la esperanza

Las personas adultas que integran una familia, con independencia de su composición y características, desempeñan un papel especialmente importante en la socialización primaria tanto por la carga de sensibilidad y de ternura con que transmiten los valores, así como por el modo en que los adultos se identifican con el mundo, que tiene implicaciones que superan las características propias de un aprendizaje puramente cognoscitivo de la realidad. Emotividad e identificación que son necesarias para la construcción social de la realidad y que hacen verdaderamente significativa la enseñanza en esta etapa de la vida. En la socialización primaria en el seno de la familia, el niño se identifica principalmente con los otros en una variedad de formas emocionales que le permiten aceptar los roles y actitudes de los demás, apropiándose de ellos, de manera que este aprendizaje les sirve para adquirir una identidad subjetivamente coherente y plausible. (Berger y Luckam, 1968. *Familia, cultura de paz y valores democráticos*. José Tuvilla Rayo)

Los padres son los primeros y principales educadores de sus propios hijos, y en este campo tienen incluso una competencia fundamental: son educadores por ser padres, este deber-derecho se califica como esencial, como original y primario, como insustituible e inalienable y por lo tanto, no puede ser totalmente delegado o usurpado por otros. Comparten su misión educativa con otras personas e instituciones, como la Iglesia y el Estado, pero cualquier otro colaborador en el proceso educativo debe actuar en nombre de los padres,

con su consentimiento y, en cierto modo, incluso por encargo suyo.

Emerge entonces como única alternativa viable una educación para la cual, el Hombre y su dignidad constituirán la medida irrenunciable de todas las cosas. Será bueno lo que edifique al Hombre y lo distancie de su primitivismo y negativo todo cuánto lo degrade. La familia deviene, así, referente obligado y para nosotros cristianos, no será cualquier modelo de familia sino el de inspiración cristiana, justamente el que el propio Dios eligiera para entregar la custodia y el cuidado, incluso espiritual, de su único hijo.

«En virtud de su dignidad y misión, los padres cristianos tienen el deber específico de educar a sus hijos en la plegaria, de introducirlos progresivamente al descubrimiento del misterio de Dios y del coloquio personal con Él» (FC No 60. Pág. 39.) A las naturales dificultades que presenta la magna tarea de educar a los hijos, se añaden hoy las que impone un ambiente social secularizado y a menudo hostil a los valores que la fe cristiana descubre. De ahí que sea tan de agradecer un buen consejo que ayude a crear un vigoroso espíritu cristiano en esa Iglesia doméstica que es la familia.

En el V Encuentro Mundial de las Familias que tuvo lugar en Valencia (España), el Papa Benedicto XVI recordaba que “transmitir la fe a los hijos, con la ayuda de otras personas e instituciones como la parroquia, la escuela o las asociaciones católicas, es una responsabilidad que los padres no pueden olvidar, descuidar o delegar totalmente” (Benedicto XVI, 8 de julio de 2006).

El papa añadía, de un modo muy hermoso y comprometedor, que “la criatura concebida ha de

ser educada en la fe, amada y protegida. Los hijos, con el fundamental derecho a nacer y ser educados en la fe, tienen derecho a un hogar que tenga como modelo el de Nazaret y sean preservados de toda clase de insidias y amenazas.

En hallar las vías de recuperar ese modelo consiste el reto que afronta hoy la familia cubana. De cara a éste, habría que comenzar por admitir como dificultad primera el hecho de que los padres responsabilizados, hoy, con la educación de sus hijos se formaron en ambientes ajenos, en lo esencial, a la doctrina cristiana de manera que cualquier proyecto educativo que tenga como centro a la familia tendría que comenzar por educar, en estos valores, antes que a los hijos a padres que en algún momento vieron, como diría Martí, rota el ancla fiel del hogar, por lo que se impone desarrollar un trabajo sistemático con las familias que no profesan la fe, pero sus hijos asisten a la catequesis infantil o integran las pastorales de adolescentes, juveniles y jóvenes, otra vía efectiva podría ser a través de los programas atendidos por CÁRITAS como GDH y GENES.

El Papa Juan Pablo II en la Carta a las Fa-

milias nos dice: “Queridas Familias: vosotras debéis ser también valientes, dispuestas siempre a ser testimonio de la esperanza que tenéis porque ha sido depositada en vuestro corazón por el Buen Pastor mediante el Evangelio.

En entrevista publicada por *La Stampa* y *Vatican Insider* el Papa Francisco ha dicho: “Cuando los cristianos se olvidan de la esperanza la Iglesia se vuelve fría y no sabe dónde ir”, también nuestros obispos en la Carta pastoral *La esperanza no defrauda*, hacían referencia a la esperanza que debe animar a cada persona y a cada pueblo, invitándonos a vivir desde la esperanza que brota de nuestra fe cristiana, de la buena voluntad, la necesidad y el deber de buscar entre los cubanos un futuro mejor para todos.

La tarea es de gigantescas proporciones y el camino hasta su culminación plagado de dificultades. Es sin embargo la Esperanza, de las primeras, quizás, entre las virtudes cristianas; es por ello que desde la esperanza me atrevo a sentir que el largo camino puede haber comenzado con pasos simples y el reconocimiento oficial de un notable resquebrajamiento de los valores cívicos, podría constituir un punto de partida





para recorrerlo, abriendo con mucha más fuerza la posibilidad de hacernos presente en los escenarios más cercanos como el barrio o las escuelas de nuestros hijos y nietos.

Al hecho de que el gobierno haya convocado a las Iglesias de diferentes denominaciones a colaborar en este proyecto de virtual reconstrucción del Hombre se añade la circunstancia de que los medios de comunicación, muy distantes aún de un espíritu evangélico, han comenzado a emitir señales de respetuoso y solidario reconocimiento de esa entidad compleja y preterida que ha sido el Hombre, dueño de un espíritu naturalmente abierto al bien, al compartir y a un sentido de la trascendencia que lo convoca a ser con otros para ser con Dios.

Se aborda el tema de la recuperación de los valores con sistematicidad en medios como la televisión, el cine y la prensa plana, promoviendo a la familia como el lugar ideal donde deberá iniciarse este proceso de transformación, es de destacar los spots publicitarios que aparecen con frecuencia entre programas, los cuales asumen con gran acierto el modo en que deben vivirse en el ámbito familiar valores como la tolerancia, el respeto a los niños, los ancianos, la importancia que tiene reunirse para comer todos juntos, la solidaridad y otras normas de conducta necesarias para el mejoramiento de la sociedad. También el cine de los últimos tiempos ha tratado con bastante fuerza y libertad la situación del país, tomando como punto de partida casi siempre una historia familiar, es nuestra percepción que la intención del mensaje que se nos quiere transmitir en todo momento es que los cambios tendrán que comenzar necesariamente por la reconstrucción

de la persona en esa célula primera y fundamental de la sociedad que es la familia.

Trabajar todos para convertir a la familia en el lugar ideal para forjar los valores, es una meta alcanzable y necesaria para lograr un modo de vida más humano, que posteriormente se transmitirá naturalmente a la sociedad entera, es por ello que propiciar la creación y desarrollo de una comunidad educativa donde estén presentes las instituciones religiosas y demás actores que intervienen en la instrucción y educación cívica de la sociedad es un imperativo de nuestro tiempo.

La propuesta que tan sabiamente nos hace el *Proyecto educativo de la Iglesia en Cuba*, plantea en el número 8 de su introducción: El proyecto está dirigido especialmente a nuestras comunidades, sobre todo a los que han asumido más directamente este servicio, de modo que pueda ser cauce donde se inserte con efectividad la exhortación que nos dejó el Papa Juan Pablo II en su visita a nuestra patria: “Que la familia, la escuela y la Iglesia formen una comunidad educativa donde los hijos de Cuba puedan crecer en humanidad. No teman, abran las familias y las escuelas a los valores del Evangelio de Jesucristo, que nunca son un peligro para ningún proyecto social”

En su homilía en Santa Clara el Papa Juan Pablo II también reconoció: “la institución familiar en Cuba es depositaria del rico patrimonio de virtudes que distinguieron las familias criollas de tiempos pasados, cuyos miembros se empeñaron tanto en los diversos campos de la vida social y forjaron el país, sin reparar en sacrificios y adversidades”. Esta preocupación por la educación y una capacidad ilimitada para sobrevivir ante cualquier circunstancia por difícil que resulte están presentes aún en nuestro pueblo y es algo que

debería potenciarse y encausarse.

En la encuesta *Cubafamilia* realizada por la Comisión Nacional de Familia de la Iglesia Católica en Cuba, en el pasado 2011 y donde participaron un total 2921 familias de todas las diócesis del país, practicantes y no practicantes, revelaba el hecho de que el 83% de los encuestados al contestar acerca del significado que para ellos tenía la familia refería que era un regalo muy grande que tenían que cuidar, lo que denota que a pesar de las dificultades por las que atraviesa la familia cubana, hoy los cubanos sienten un gran aprecio por ella.

Esta misma encuesta al indagar sobre los valores más promovidos por las familias cubanas, reconocía por abrumadora mayoría en la unidad el valor de más prioridad, 43.4% lo seleccionaron como primera opción. Es obvio que esta percepción no pasa por la noción de indisolubilidad del matrimonio pero aun así constituye un elemento extraordinariamente positivo. La frecuencia con que una familia se reúne es un indicador de su unidad, su capacidad de dialogar, y su visión de la familia como proyecto común, la pregunta formulada por la encuesta consideraba desde el mero compartir las comidas o el rato ante la televisión hasta los encuentros para discernir juntos temas de interés familiar, más de la mitad de los encuestados refirieron encontrarse y compartir con mucha frecuencia. Llama la atención la frecuencia de práctica religiosa familiar: 49.4% menciona que la familia va junta a la Misa dominical y 34% que la familia se reúne para rezar.

Toda familia unida es feliz y fuerte sin importar la posición económica. Los valores no se compran, se viven y se otorgan como el regalo más preciado que podemos dar, la unidad de la familia es la mejor estrategia de supervivencia, sobrevivimos porque somos familia.



Es preciso destacar que al indagar a quien correspondía la responsabilidad de la educación de los hijos, 90.1% esco-

gió como primera opción que resultaba competencia de los padres, lo que corrobora unanimidad en este aspecto. En cuanto a la formación religiosa de los hijos aun cuando la pregunta es diferente, pues no cuestiona de quién es la responsabilidad, sino quién de hecho se ocupa de ella, las respuestas colocan mayoritariamente a los padres, de manera que la educación religiosa también se considera tarea familiar, probablemente de quien en la familia es más practicante, y en la que tienen un rol particular las abuelas y abuelos.

Los datos aportados resultan sumamente alentadores y deberán ser tenidos en cuenta para diseñar acciones a favor de la familia.

La encuesta inquiría, además, sobre las dificultades para educar en valores y la familia si bien responsabiliza a los padres con la educación de los hijos en todos los aspectos, incluida la transmisión de la fe, no saben cómo educar en valores ¿Cómo ayudarla entonces desde nuestro entorno más cercano a reconocer su misión y a ejercerla de la forma más adecuada?

No existen familias perfectas, pero sí perfectibles, aquellas que luchan y se esfuerzan por lograr una mejor salud familiar. Ya algunos relatos de la Biblia nos mostraban familias en situaciones difíciles, la genealogía de Jesús, según san Lucas, remontándose a Adán, nos recuerda un gran número de familias que pasan por dificultades. La Biblia nos enseña que la vida de la familia es una empresa ardua, no exenta de crisis afectivas y de relación, que nos obligan a dar lo mejor de nosotros mismos para superarnos y ensanchar nuestros horizontes. Sobre un es-

cenario bien realista construye la Escritura el ideal del matrimonio cristiano.

Resulta entonces, imprescindible, enseñar a la familia y a la persona a reconocerse desde sus fortalezas y debilidades, pues esta es una perspectiva que respeta la dignidad de la persona, a construir la familia a partir del respeto por los derechos de unos y otros; donde todos puedan aportar algo, teniendo en cuenta sus facultades y responsabilidades, encontrando su propio camino apoyándose entre sí, permite darle herramientas para que conociendo sus fuerzas puedan potenciarlas y minimizar las situaciones que las debilitan, para que puedan ser fuertes en la cotidianidad, sobre todo en lo que sucede al interior de ellas, porque tanto las personas como las familias pueden crecer cuando se percatan de que son fuertes en algunas áreas de su convivencia. La familia es una institución que se renueva constantemente, acompañarla implicaría siempre hacerlo desde dentro de su propia construcción y en el contexto de una sociedad que se transforma profundamente.

Ninguna familia está al ciento por ciento en cuanto a salud familiar se refiere, la experiencia familiar nos revela que hay áreas de la convivencia dañadas, vulneradas, pero hay otras que son un potencial, un pozo de positividad, la mezcla de esas dos realidades es lo que hace a cada familia, lo que va otorgándole identidad propia. Ser conscientes de esta dinámica familiar, conocerla en pos de ir adecuando el proyecto de vida familiar al día a día, reconocer de qué somos capaces, es lo que permitirá a cada familia irse descubriendo, crecer, ir encontrando entre sus propios miembros y con otras familias su andadura y lo que propiciará a su vez una modificación gradual de las estructuras de la sociedad.

Acompañarlas desde la igualdad, no desde la superioridad, la

imposición o el poder, de manera que la intervención se convierta en una fuente continua de recíproco aprendizaje, en aras de prepararlas para que sean familia amorosa, integrada y en crecimiento, desarrollen habilidades emocionales y de comunicación, impulsen la participación de sus miembros en su propio desarrollo y puedan enfrentar y resolver los problemas cotidianos aceptando las crisis como desafíos, pues las crisis son naturales en el ser humano, solo que una familia fuerte te habilita para hacerles frente con un mínimo de lastimaduras.

Promover no es conducir, ni siquiera proteger paternalistamente; tampoco es impartir educación desde el que sabe frente al que supuestamente no sabe nada, por el contrario, es aprender de la experiencia de la gente, las estrategias de una acción colectiva, pero desde el propio interés familiar e interfamiliar. (Leñero Luis. *La construcción de la familia*)

El fortalecimiento de la familia es un tema urgente para nuestra sociedad porque si se destruye la familia se destruye todo el entramado social y por tanto el sistema sociopolítico se convierte en inoperante, ella contribuye a incrementar e impulsar el capital social que es el valor generado por la familia por su confiabilidad, relaciones, principios, normas y actitudes. La familia constituye la base democrática de la sociedad, donde se debe practicar y aprender la tolerancia como condición previa para lograr un entendimiento entre sociedades cada vez más plurales.

“Si queremos construir una sociedad en la que los valores no sean una teoría bonita, que se proclama en los discursos y nunca llega a la vida; si queremos una sociedad en la que disminuya la violencia, hagamos de la familia la escuela de paz; si queremos una sociedad en la que brille la honestidad, hagamos de la familia una escuela de



rectitud de vida; si queremos una sociedad en la que haya respeto, hagamos de la familia la fuente de la consideración

hacia los demás, nunca olvidemos que en la familia se lleva a cabo la pedagogía más concreta y eficaz para la inserción activa y responsable de los hijos en la sociedad”. (*Familia, ¡sé fuerte! Doce cartas en defensa de la familia*. Cardenal Norberto Ribera Carrera. Arzobispo Primado de México. 2000)

Las personas son el fundamento, la causa y el fin de la institución familiar, por ello es preciso que a ambos se les reconozca y se proteja su dignidad. Las familias deben ser sujetos activos y protagonistas de su propio bienestar, intereses, derechos y deberes y el Estado debe reconocerla, apoyarla, protegerla y promoverla.

La Convención sobre los derechos del niño también reconoce a la familia como grupo fundamental de la sociedad y medio natural para el crecimiento y el bienestar de todos sus miembros, y en particular de los niños y en consecuencia, debe recibir la protección y asistencia necesarias para poder asumir plenamente sus responsabilidades dentro de la comunidad.

El bienestar y el futuro de un Estado dependen de que la unidad más pequeña que existe dentro de él, la familia pueda vivir y desarrollarse. Ningún estado tiene derecho a inmiscuirse en la célula originaria de la sociedad, la familia y negarle el derecho a la existencia. Ningún estado tiene derecho a definir a la familia de forma diferente a la que corresponde a su misión *creatural*. Ningún estado tiene derecho a privar a la familia de sus derechos fundamentales, especialmente en el ámbito de la educación.

Ayudar a la familia a reconocerse como la institución natural

encargada de formar personas dignas y ciudadanos responsables, así como, propiciar que su espacio se convierta en el lugar por excelencia donde las personas puedan crecer para el amor es un reto que tenemos por delante para caminar hacia una sociedad mejor, de ahí que promover desde las estructuras de la iglesia, particularmente a nivel de comunidad, un trabajo encaminado al fortalecimiento de la familia siempre será la mejor estrategia de intervención.

Resulta impostergable reflexionar sobre el valor que tiene para la familia la presencia física, mental y espiritual de las personas en el hogar, y la disponibilidad de las mismas al diálogo y a la sana convivencia. El esfuerzo y la sistematicidad en pos de promover valores en la persona desde la infancia, propiciará la enseñanza y transmisión de los mismos de una generación a otra, sin importar la estructura, aunque nunca dejemos de aspirar a la familia nuclear, pues existen familias monoparentales, ensambladas o de otro tipo, ejemplares por sus relaciones de respeto y de amor.

Muchas son las familias que han encontrado en la religión y en las prácticas de piedad, una guía y soporte para elevar su calidad de vida, ahí se forma la conciencia para vivir los valores humanos de cara a Dios y en servicio de los semejantes. Por lo tanto, en la fe se encuentra un motivo más elevado para formar, cuidar, y proteger a la familia.

Se dice que hay pocos hombres para gobernar ciudades y naciones; pero cada padre está indefectiblemente obligado a gobernar sabia y prudentemente a su familia con la enseñanza de los valores cristianos, para tener un hogar bien fundamentado y una familia de principios, con propósitos y significado. Montesquieu dijo: “La familia virtuosa es una nave que durante la tempestad está sujeta por

dos anclas: la fe — la confianza en Dios—, y las buenas costumbres, basadas en buenos principios”. Cristo ha dado a la familia la tarea primaria e ineludible de ir haciendo de cada uno de sus miembros, personas que puedan infundir, en el ambiente que los rodea, los valores que recibieron de modo vivo en su casa.

Siempre, a pesar de las condiciones rígidas de la estructura social impuesta, hay esperanza de transformación para una vida mejor de padres a hijos, de hijos a nietos, y así, siempre en expectativa intergeneracional, porque la esperanza no muere. (Leñero Luis. *La construcción de la familia*).

“Hay motivos de esperanza para la búsqueda y constitución de una familia feliz y más auténtica, la esperanza de vivir en un país y una sociedad mejor depende de la salud de la familia, porque cuando las convicciones desde las que ella vive son sanas tienen una influencia sanadora en todo y en todos. Una sociedad sana será siempre, aquella que forma a sus familias en los valores y en la virtud y eso quiere decir que les posibilita y les enseña a cumplir con la responsabilidad indeclinable de convertir a sus hijos en hombres y mujeres de bien y sobre todo en hombres y mujeres conscientes de que tienen la responsabilidad de asumir los retos de los tiempos en beneficio de la sociedad. Conseguirlo es un imperativo del cual podría depender, incluso, nuestra supervivencia como nación y un reto que tenemos todos, especialmente la Iglesia porque siguiendo a Cristo “que vino” al mundo “para servir” (Mt 20, 28), la Iglesia considera el servicio a la familia una de sus tareas esenciales porque tanto el hombre como la familia constituyen el camino de la Iglesia”. (Juan Pablo II *Carta a las familias*. 1994).